Bossa Nova

La historia y las historias

RUY CASTRO

TURNER

Bossa Nova

La historia y las historias

RUY CASTRO

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANTONIO MONTANO

COLECCIÓN NOEMA

Título original:
Chega de saudade: a história e as histórias da Bossa Nova
© Ruy Castro, 1990

De esta edición:
© Turner Publicaciones S.L., 2011
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edicióne castellano: abril de 2008

Diseño de la colección:
Enric Satué
Ilustración de cubierta:
Rio de Janeiro, gosto de você. Lia Mittarakis Museu Internacional de Arte Naïf do Brasil

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

ISBN EPUB: 978-84-15427-01-8

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Para Pilar y Bianca

El barquito: Maysa y la pandilla en las aguas de la bossa nova.

Música con tupé: de izquierda a derecha, Ronnie, Ohana, Otávio, Luizinho Eça, Luís Carlos Vinhas y Bebeto, componentes de Bossa Tres y Tamba Trio, dos supertríos de bossa nova. Ellos sostenían a todos los vocalistas.

INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Ésta es una historia de la bossa nova y de los jóvenes que la hicieron, cuando tenían entre quince y treinta años. Es también un libro que pretende atenerse a los hechos y ser lo más objetivo posible. Obviamente, al haber sido escrito por alguien que viene oyendo bossa nova desde sus orígenes —y que quedó disconforme cuando Brasil se puso a cambiarla por exotismos—, una cierta dosis de pasión ha terminado colándose en la receta; pero confío en que ello no haya interferido en la descripción de la trayectoria de ningún personaje, ni a favor ni en contra. Los seres humanos, al igual que los vinilos, tenemos cara a y cara B, y se ha puesto el mayor empeño en mostrar las dos.

Para elaborar esta historia se ha buscado información de primera mano, entre los protagonistas, los coadyuvantes o los figurantes de cada hecho aquí descrito: todos están citados en la lista de agradecimientos. Cada información importante ha sido contrastada y vuelta a contrastar con más de una fuente. La naturaleza de ciertas informaciones hace imposible su especificación como "entrevista realizada el día x, en la ciudad y, a fulano de tal", lo que violaría el precepto ético de protección de la fuente. Pero, hasta en los casos en los que resulte fácil deducir el origen o los orígenes de determinadas informaciones, la responsabilidad por su divulgación es mía. Las fuentes que no se han opuesto a ser identificadas figuran en el texto. El criterio para la inclusión de las historias ha sido únicamente el de su

importancia en la evolución o en la carrera de tal o cual artista, o de la bossa nova en su conjunto.

Me parece importante declarar que he escuchado todas las grabaciones mencionadas en el texto, inclusive los rarísimos primeros discos de los Garotos da Lua, João Gilberto, João Donato y Johnny Alf. También he tenido acceso a cintas particulares con João Gilberto, los primeros conciertos universitarios de la bossa nova, el del Bon Gourmet y la grabación completa del Carnegie Hall.

Musa: cuando Nara cambiaba de opinión era un sálvese quien pueda.

Mi relación previa con algunos personajes ha facilitado el trabajo, pero este libro no hubiera sido posible sin la generosidad y el interés de más de cien personas. Durante dieciocho meses, de enero de 1989 a agosto de 1990, se sometieron pacientemente a largas entrevistas, facilitándome informaciones, revolviendo cajones, aclarando fechas, localizando discos, copiando cintas, arrancando fotos de sus álbumes, dibujando planos y haciendo descripciones minuciosas de casas, bares y *boítes.* Muchas de estas entrevistas requirieron tres o cuatro sesiones y casi todas fueron hechas en persona, en veinticinco viajes a Río de Janeiro, ya que resido en São Paulo; pero hubo además centenares de llamadas telefónicas al propio Río, a Salvador, Juazeiro, Porto Alegre, Vitória, Belo Horizonte e incluso Lisboa. Con algunos de los entrevistados el contacto fue únicamente telefónico y, aun sin conocerme, me proporcionaron valiosas informaciones. Otros se tomaron la molestia de contestarme por carta. A todos, mi más profundo agradecimiento. Por orden alfabético de apellidos:

Elba y João Luiz de Albuquerque; Lúcio Alves; Badeco, de Os Cariocas; Walter Arruda; Billy Blanco; Ronaldo Bôscoli; Candinho (José Cândido de Mello Mattos); Heitor Carrilho; Achilles Chirol; Walter Clark; Carlos Conde; Umberto Contardi; Haroldo Costa; Cravinho (Aminthas Jorge Cravo); Ivon Curi; Sônia Delfino; Reinaldo Di Giorgio Jr.; João Donato; Chico Feitosa; Juvenal Fernandes; Laurinha Figueiredo; Luvercy Fiorini; Janio de Freitas; Moysés Fuks; Paulo Garcez; João Gilberto; Sheila y Luís "Chupeta" Gomes; Christina Gurjão; Oswaldo Gurzoni; Júlio Hungria; Antonio Carlos Jobim; Jorge Karam; Alfonso Lafita; la difunta Nara Leão; Jacques y Lídia Libion; Paulo Lorgus; Luís Cláudio; Carlos Lyra; el difunto Edison Machado; Tito Madi; Mariza Gata Mansa; Emília y Pacífico Mascarenhas; João Mário Medeiros;

Acyr Bastos Mello; Cyrene Mendonça; Roberto Menescal; André Midani; Miéle; Miúcha; Paulo Moura; Álvaro de Moya; Tião Neto; Paulo César de Oliveira; Laura y Chico Pereira; Carlos Alberto Pingarilho; Armando Pittigliani; Nilo Queiroz; José Domingos Rafaelli; Álvaro Ramos; Flávio Ramos; Alberto Ruschel; Wanda Sá; Sabá; Maurício Sherman; Jonas Silva; Walter Silva; Raul de Souza; Mário Telles; José Ramos Tinhorão; Marcos Valle; David Drew Zingg; Ziraldo.

Por sus informaciones, no puedo estar más agradecido a Belinha Abujamra, Miécio Caffé, Ieda Castiel, Clovis Moura, Merita Moura, doctor Giuseppe Muccini, doctor Dewilson de Oliveira y doña Dadainha de Oliveira Sá, de Juazeiro; Paulo Diniz, doctor Alberto Fernandes, Glênio Reis y doña Boneca Regina, de Porto Alegre; y a Oswaldo Carneiro, Henrique Fernando Cruz y Maria do Carmo Queiroz, del Sinatra-Farney Fan Club.

Debo también agradecimientos especiales a Leon Barg, de Curitiba, por su fabulosa colección de 78 rpm; Sérgio Cabral; Ricardo Carvalho, por compartir su primorosa investigación sobre Vinicius; Almir Chediak; Isabel Leão Diégues, por permitirme acceder al archivo de su madre, Nara; y Arnaldo de Souteiro, que parece saberlo todo sobre el periplo internacional de la bossa nova.

Por la cesión y/o reproducción de material fotográfico, mucho más allá de las buenas intenciones, gracias a Gabriela Albuquerque, Zevi Ghivelder, Ivson, Hélio Campos Mello, Araken Peixoto y Kátia Valadares. Lo mismo, en lo que a textos se refiere, a Margarete de Lara y Fátima Pardini. Y, por abrirme el camino a personajes clave, muchísimas gracias a Miriam Christofani. No me olvido de manifestarle mi mayor agradecimiento a João Orlando da Costa Gomes, dueño del carnet del Sinatra-Farney.

Por su paciencia conmigo y sus oportunas observaciones sobre el texto final, *many thanks* a Marta Garcia, mi editora en la Companhia das Letras. Por su decisivo apoyo en Río, tanto en hospitalidad como en amistad y estímulo, mi cariño a Rita Kauffman y Giovani Mafra e Silva. Y por el apoyo en São Paulo, en incontables sentidos, todo mi agradecimiento a Décio Carraro resultaría insuficiente. En muchos momentos este libro parecía ser también un proyecto suyo.

Por último, por ser el más importante, mi mayor agradecimiento al profesor Carlos Vogt, entonces vicerrector de la Universidad de Campinas y hoy rector, por haberme incluido en el Proyecto de Artista Residente, que me permitió dedicarme a este trabajo con el empeño y el cariño que exigía. Sin esta ayuda —y sin la adoración por la bossa nova latiendo en todos los mencionados—, esta obra se hubiese quedado en mero sueño.

RUY CASTRO

PRÓLOGO
JUAZEIRO, 1948

Por el altavoz colgado en uno de los postes de la calle Apolo, en Juazeiro (Bahía), sonaba "Naná", con Orlando Silva, tres veces al día por lo menos. En el calendario ponía 1948, y "Naná", un *fox-blue* de Custódio Mesquita y Geysa Bôscoli, era un viejo éxito de 1940. Pero don Emicles, el dueño del amplificador, no estaba especialmente interesado en ofrecer las últimas novedades. En sus altavoces pinchaba los discos que le gustaba escuchar, y sólo de vez en cuando hacía una concesión a la paciencia de su público —todo Juazeiro— e iba a Salvador a comprar discos nuevos. Por fortuna, el gusto de don Emicles era amplio y variado como un arco iris. Entre las atracciones de su repertorio se encontraban "Canção da Índia", con Tommy Dorsey; "Caravan", con Duke Ellington; "Siboney", con Gregorio Barrios; "Musica proibita", con Carlo Buti; "Ménilmontant", con Charles Trenet; "Cambalache", con Francisco Canaro; o "Dream lover", con Jeanette MacDonald. Ninguna emisora de radio de Juazeiro, de haber tenido Juazeiro emisora de radio, lo hubiera hecho mejor.

Naturalmente, la programación de don Emicles incluía también mucha música brasileña: "Bolinha de papel", con los Anjos do Inferno; "Onde o céu azul é mais azul", con Francisco Alves; "Boogie-woogie na favela", con Cyro Monteiro; "Ave-Maria no morro", con el Trio de Ouro; "A primeira vez", con Orlando Silva; "Adeus, batucada", con Carmen Miranda; o "O samba da minha terra", con el Bando

da Lua. Salvo en los breves intervalos para la retransmisión de la misa y de los anuncios comerciales, el amplificador de don Emicles llenaba la atmósfera de Juazeiro con música de todos los estilos, de todas las épocas y, lo que era una tortura para algunos, durante todo el día; principalmente por la noche, cuando don Emicles programaba alguna actuación local, en directo.

En tanto la central suministraba energía, había música en el aire. La hidroeléctrica de Paulo Afonso estaba aún en proyecto, y cuando la luz parpadeaba dos o tres veces a eso de las once de la noche, era aviso de que la corriente sería cortada en diez minutos y la vida social de Juazeiro tendría que quedar aplazada para el día siguiente. Los altavoces enmudecían, las bombillas, ya anémicas, terminaban de apagarse, y las familias se iban a dormir. La única banda sonora, a partir de entonces, era la de los bohemios con sus guitarras. Ellos permanecían en la calle, cantando serenatas y optando a la recompensa líquida que, desde las ventanas, los orinales vertían sobre sus cabezas.

Naturalmente, esta ley del silencio no contaba para el carnaval ni para el corro de São Gonçalo, una especie de fiesta de candomblé durante la cual la ciudad bailaba la noche entera al son de los altavoces. ¿Quiere esto decir que Juazeiro era una Nueva Orleans? No llegaba a tanto. Al comienzo de aquel año, por ejemplo, el amplificador alcanzó su mayor índice de audiencia un día en el que el motivo de la retransmisión no tuvo nada que ver con la música.

Raimundo, un gerente bancario de Salvador que había llegado a Juazeiro para abrir una sucursal del Banco do Fomento Agrícola, vivió una ardiente y secreta historia de amor con una belleza local llamada Juju. Tanto Raimundo comoJuju estaban casados, ésta con el agravante de que su marido era policía militar. Cuando la sucursal estuvo

montada, Raimundo fue a Salvador a recoger a la parienta, para establecerse ya ambos en Juazeiro. Nada más llegar, la señora de Raimundo fue recibida con una buena colección de anónimos que relataban, sin ahorrar detalle, la aventura de su marido con Juju.

Volaron los platos. Raimundo pudo haber reaccionado de varias maneras, pero escogió justo la más torpe e idiota: se dirigió al amplificador, leyó al micrófono las cartas difamatorias y defendió la honra de doña Juju, declarando que era una mujer honestísima. Una vez concluida la lectura, agradeció la atención prestada y salió, convencido de haber aclarado el asunto. Pero se equivocó, ya que al policía militar no le gustó nada ver defendida la honra de su mujer. A Raimundo le esperó en la esquina un pelotón de policías militares con *esprit de corps,* que, entre otras cosas, le masajearon las encías con la punta de sus carabinas. La tropa le convenció de que regresase para siempre a Salvador, llevándose a su legítima esposa. Raimundo comprendió que era mejor obedecer. En cuanto a Juju, siguió en Juazeiro junto a su marido; y, felizmente, el Banco do Fomento Agrícola también. Durante mucho tiempo no se habló de otra cosa. Hasta el punto de que "Copacabana", el éxito del debutante Dick Farney, que sonaba en todos los altavoces del país, pasó de puntillas por los de Juazeiro.

En 1948 Juazeiro era una ciudad de diez mil habitantes, entre los que se contaba un muchacho de diecisiete años al que todos llamaban Joãozinho da Patu. El lugar fue descrito con lirismo por Jorge Amado en su novela *Mies roja,* pero en la vida real aquello era deprimente. Sólo unas pocas calles estaban pavimentadas y todas las casas tenían el suelo de ladrillo, que los habitantes debían mojar día sí, día no, para refrescarse el cuerpo y el alma. El calor era insoportable y ni siquiera lo aliviaba el viento que barría Juazeiro con sus

remolinos. Al contrario: con viento era peor, porque hacía que las personas literalmente masticasen polvo. Ni los millones de litros de agua del río São Francisco, que corría a sus pies, libraban a la ciudad de ser un arenal, en el que hasta los cactus tenían que sudar para crecer. El São Francisco era cruel. Solía desbordarse sin previo aviso, incluso cuando no había llovido, y, entre otros desmanes —como las pirañas—, inundaba sólo las zonas pobres, teniendo la precaución de respetar la plaza de la Matriz, uno de los pocos lugares arbolados de Juazeiro, que era el que los "ricos" preferían para vivir.

El nombre de la plaza, como es natural, se debía a la iglesia matriz, la de Nossa Senhora das Grotas, que llevaba en obras toda la vida, hasta donde alcanzaba el recuerdo de los más viejos del lugar. Los chavales de Juazeiro, amigos de Joãozinho, le habían puesto a la iglesia el mote de "Sinfonía inacabada", porque era como si aquel esqueleto de vigas y andamios formase ya parte de la fachada, y las obras no fueran a concluir en tanto al anciano párroco le quedasen fuerzas para seguir sacándole dinero a la población.

Uno de los benefactores de las obras de la iglesia era don Juveniano de Oliveira, padre de Joãozinho. Católico hasta decir basta, hubiera sido capaz incluso de colaborar en una campaña destinada a quitarle la caspa de la sotana al párroco. Don Juveniano atribuía a la gracia divina el hecho de haber llegado, con las simples armas de sus estudios primarios, a ser uno de los más prósperos comerciantes de Juazeiro (aunque su olfato comercial también había ayudado lo suyo). Empezó con una tienda de tejidos, se expandió al comercio de cereales, se convirtió en propietario de barcas en el São Francisco, compró dos o tres fincas en asociación con su hermano Walter, y poseía ahora hasta un islote en el río. Por si fuera poco, su firma, la Oliveira & Hermano, tenía

la representación de la Anglo-Mexican Petroleum para toda la región del São Francisco. Lo único que le faltaba para culminar su carrera era hacerse rotario. Y además, donJuveniano aún encontraba tiempo para tocar como aficionado el *cavaquinho* y el saxofón, y ser el promotor oficial de la centenaria Banda de Música 22 de Março, en Barro Vermelho, en el distrito vecino de Curaçã.

Don Juveniano vivía en la plaza de la Matriz, en una enorme casa baja, siempre reluciente y repleta de hijos nuevos y de muebles viejos. Podía vérsele camino de su despacho cada día, delgado, pálido, ágil e impecable con sus camisas de cuello almidonado y puños con gemelos. Corría sobre él toda una leyenda, probablemente injusta, que insinuaba que usaba palabras con el peso de doblones de oro para decir cosas que sólo valían *mil-réis.* Una de esas historias era que, antes de poseer su servicio de barcas, que le permitía cruzar el São Francisco gratis y a la hora que quisiese, se dirigía al barquero así:

—Navegante, ¿cuánto quieres por transportarme de este polo a aquel hemisferio? —refiriéndose a Petrolina, que, aunque pertenecía al estado de Pernambuco, quedaba sólo al otro lado del río.

El habla pedantesca no lograba camuflar el hecho de que don Juveniano jamás había pisado un instituto, por más que fuera un hombre de posibles en Juazeiro. Lo que los envidiosos no entendían era cómo, con su aire pueblerino, había conseguido casarse en segundas nupcias —era viudo de un primer matrimonio— con la guapa y fina doña Patu, de Salvador. El pasmo se debía a que ella era guapa y fina, y también a que entre sus parientes, de la influyente familia Viana, había médicos, políticos y directores de distinguidos clubes de la capital, como el Baiano de Tênis o el Iate Clube. Doña Patu era una mujer que imponía respeto: austera y

altiva, recorría la calle con pasitos cortos y apresurados, saludando a los demás pero sin detenerse con nadie. Eran las familias las que iban a visitarla a ella, aprovechando para admirar sus bordados. En cierta ocasión, en una cena que ofreció en su casa, puso lavanda a los invitados y algunos se confundieron, creyendo que era para beber.

Sones adolescentes: plaza de la Matriz y el tamarindo de Juazeiro, escenarios del joven João Gilberto.

No es de extrañar que don Juveniano pusiese todo el empeño en la educación de sus hijos, que no eran pocos: ya tenía a Walter de su primer matrimonio; y con doña Patu fueron llegando, sucesivamente, Dadainha, Vavá, Joãozinho, Dedé, Vivinha y el benjamín Jovininho. Educar a tal cantidad de hijos era una tarea cara y difícil. En Juazeiro, en la década de 1940, la enseñanza se detenía en primaria, y, de

secundaria en adelante, los chicos tenían que irse a Salvador o a Aracaju, que quedaba más cerca. DonJuveniano logró una proeza, puesto que, de un modo u otro, le puso un título en la mano a cada hijo. Excepto a uno: precisamente aquel del que todos decían que era el más inteligente. Por supuesto, Joãozinho.

Éste, desde que llevaba pantalones cortos y volaba con su bicicleta por las calles estilo lejano oeste de Juazeiro, ya tenía claro que prefería el camino más difícil: el de convertirse en João Gilberto.

* * *

Su madre debía de estar en lo cierto al considerarlo un despistado, porque se pasaba la vida olvidando libros, cuadernos y portaplumas por la calle. Un día Joãozinho salió con zapatos nuevos y doña Patu, medio en serio, medio en broma, le encargó que no los perdiera. Los niños estaban jugando un partidillo en el campo y le invitaron a participar. Joãozinho se quitó los zapatos para jugar, pero, recordando la advertencia de su madre, los enterró en la arena para no perderlos. Cuando fue a buscarlos después del partido, no se acordaba de dónde los había enterrado. Volvió descalzo a casa y se llevó una de sus broncas monumentales.

En 1942, cuando tenía once años, su padre lo mandó a un internado de Aracaju, el Padre Antônio Vieira. No puede decirse que Joãozinho fuese un alumno brillante: el latín y la geometría, definitivamente, no iban con él. A lo que se dedicaba era a ser hincha de un equipo de fútbol local, el Silvestre, y a formar conjuntos vocales con los compañeros. A los catorce años, durante una de sus vacaciones en Juazeiro, un pariente bohemio le regaló una guitarra. Era justo lo que necesitaba.

Aprendió a tocarla con el Método Elemental Turuna, uno de aquéllos baratos impresos en papel de periódico, porque fue el primero que cayó en sus manos. El Turuna no lo transformó en un Andrés Segovia, pero le enseñó posiciones suficientes para acompañarse y tratar de armonizar las voces cambiantes de sus colegas. La voz de Joãozinho también estaba cambiando y, para desesperación suya, el timbre de trombón que empezaba a adquirir modulaba a veces, sin esperárselo, hacia el de flauta. Pero a los quince años, cuando regresó definitivamente a Juazeiro sin la menor intención de seguir estudiando, su voz se había consolidado ya como la de ese tenor rico y consistente con la que brindaría sus canciones a la ciudad, bajo el tamarindo.

Uno de los escasos árboles de Juazeiro era un gigantesco tamarindo que había en la plaza de la Matriz. A los tamarindos les gusta el terreno seco, pero aquel debía de adorarlo, porque creció hasta llegar a ser más alto que cualquier casa de la ciudad. Su copa producía una sombra bajo la que varias generaciones colocaron sus sillas para charlar, hasta el punto de que nadie se quedó conforme cuando lo echaron abajo ya en la década de 1980. En los tiempos adolescentes de João Gilberto, el tamarindo era tan importante para la vida de Juazeiro como los dos clubes sociales de la ciudad, el 28 de Setembro y la Sociedade Apolo Juazeirense. A su sombra se concertaban citas, y por la noche se disputaban su tronco las parejas más ardientes. Allí se cerraban negocios, los parados discutían de política y las chicas y los chicos se juntaban para tocar la guitarra.

Uno de esos grupos de guitarra era el de los jóvenes Joãozinho, Waltinho, Pedrito y Alberto. Los cuatro cantaban y tocaban, pero el que solía encargarse de los solos vocales era Waltinho, al que muchos eligieron como la voz más

bonita del conjunto. (En el futuro, Pedrito y Alberto terminarían dedicándose a otra cosa, pero Waltinho se convertiría en el compositor y cantor Walter Santos, autor de "Amanhã"). Joãozinho era el líder y arreglista del grupo.

Bajo el tamarindo ensayaban un extenso repertorio para el día en el que se atrevieran a cantar frente al micrófono del amplificador de don Emicles. Sus *hits* eran "Marina", que Dorival Caymmi acababa de sacar, y la española "Malagueña salerosa". Pero en verdad cantaban todo lo que oían por los altavoces. De haber dependido de ellos cuatro, que eran muy vergonzosos, jamás se habrían acercado a don Emicles y hoy el mundo no sabría lo que se perdió. Pero un primo de Joãozinho, Dewilson, convenció al dueño del amplificador para que les dejara actuar de vez en cuando. Cantaron, gustaron muchísimo y se convirtieron en pequeñas celebridades locales. No es que fueran los Mills Brothers. Ocurre que la vida nocturna de Juazeiro no era lo que se dice emocionante: así que hasta un modesto espectáculo en vivo, aun con jóvenes artistas del lugar, era todo un acontecimiento.

La ciudad tenía un único cine, el Apolo, cuyas películas ya habían acumulado polvo durante por lo menos diez años cuando llegaban allí. Fue por eso por lo que Joãozinho pudo ver todos los viejos musicales de Fred Astaire y Ginger Rogers de la rko, que ya habían pasado de moda en las grandes ciudades. (Estaba tan fascinado con Fred Astaire que hasta habló de aprender a zapatear). Tras la película había carrera obligatoria por la calle Apolo, con el altavoz a tope; y a las once la central daba la señal de que había que recoger. Para los muchachos, una alternativa a las serenatas era la zona prostibularia, en la calle Boa Esperança. (En carnaval las prostitutas constituían un grupo y desfilaban por la ciudad con sus bocas y vestidos en tecnicolor: se

consideraba el grupo más bonito). Pero no hay noticias de que, ni siquiera a los dieciocho años, Joãozinho hubiese pasado cerca de aquella calle.

Era en los fines de semana cuando la vida adquiría un poco más de sentido, con los bailes en los clubes. El 28 de Setembro contaba con una orquesta dirigida por el saxofonista Babauzinho, a quien Joãozinho admiraba. En carnaval Babauzinho ofrecía dos bailes diarios, el de los adultos por la noche, y el de la tarde para los niños, a los que asistía Joãozinho. No iba por divertirse —francamente, no le gustaba el carnaval—, sino para acompañar a sus amigas Merita, Belinha e leda y, a veces, echarse "lanzaperfume" en las axilas. Pero lo que de verdad le gustaba era escuchar a Babauzinho.

Tras haberse pasado meses afinando las gargantas en el amplificador de don Emicles, llegó la oportunidad de que Joãozinho y sus amigos actuasen en un baile del 28 de Setembro. Por fortuna, fuera de carnaval. Como ocurre en las películas, la orquesta de Babauzinho no podía tocar, por el motivo que fuera, y Joãozinho, Waltinho, Pedrito y Alberto fueron invitados a sustituirla. Iba a ser su primera actuación remunerada y le dieron un tratamiento especial a los arreglos de "Malagueña", con la que pensaban abrir el espectáculo. Prometía ser una gran noche para ellos, y esperaban que también para el público.

Y ciertamente lo fue, aunque no como se habían imaginado. En cuanto atacaron los primeros acordes de "Malagueña", estalló en el salón una pelea entre un conocido médico de la ciudad, el doctor Lauro, y el marido de una de las damas de la sociedad local. Fuera cual fuese el detonante, de inmediato se sumaron otros muchos a la pelea, y las botellas y las sillas se adueñaron del espacio aéreo. En medio de aquel barullo, Joãozinho, Waltinho,

Pedrito y Alberto siguieron cantando a pleno pulmón, tratando de imponer las hermosuras de "Malagueña". Su amiga Merita aún hoy recuerda cómo Joãozinho insistía en cumplir con su obligación, cantando en medio del tumulto. Pero cuando una botella les pasó rozando, él y sus compañeros se convencieron de que lo más prudente era largarse. (Para que luego hablen de trauma). El baile acabó allí, pero, al día siguiente, Joãozinho no cejó hasta conseguir que les pagasen.

Otros bailes vendrían, incluido el de la Nochevieja de 1949, y en algunos de ellos cantó Joãozinho. Su potente voz le bastaba para hacerse oír en todo el salón, aunque el público estuviese cantando también. Con un buen micrófono, se podía oír cada trémolo suyo, que, junto con la perfecta afinación, era una de sus especialidades. La voz de Joãozinho no lograba romper cristales, pero la de Orlando Silva, su mayor admiración, tampoco llegaba a tales extremos; y eso que Orlando era sensacional hasta en sambas y *marchinhas,* como había demostrado ya en varios carnavales con sus grabaciones de "Jardineira", "Jurei, mas fracassei" y "Meu consolo é você". Cuando le llamaban "el nuevo Orlando Silva", Joãozinho se derretía: porque era exactamente lo que quería ser.

Ahora vivía nada más que para la música. La guitarra se había convertido casi en una parte de su cuerpo, y uno de sus entretenimientos era quedarse en la ventana de su casa y cantarles a las chicas que pasaban con sus vestidos de volantes por la plaza de la Matriz. Algunas canciones tenían una lectura picante, como "Um cantinho e você", un éxito de entonces de Dick Farney. Pero esos guiños, cuando llegaban a ser entendidos, eran tomados a broma por las chicas, ya que Joãozinho, pese a vivir rodeado de amigas, nunca tuvo novia en Juazeiro. De haber podido, hubiese sido

el novio de Ieda, la chica más guapa de la ciudad: una gaucha (del estado de Río Grande del Sur), cuyo padre, funcionario público, estaba destinado en Juazeiro. Ieda era rubia, tenía los ojos verdes y encendía el corazón de los muchachos. A ella le gustaba que Joãozinho le cantase serenatas bajo la ventana, pero, a la hora de escoger novio, prefirió al chico que se disputaban todas, Charles. Los chavales de Juazeiro miraban a Charles con los ojos reventados de envidia. Como no podían vencerle en el terreno de las conquistas, lo rebajaban despechadamente a la condición de estúpido, y trataban de superarse en lo que sabían hacer, como cantar y tocar la guitarra.

Para Joãozinho, la guitarra encajó como un guante en su personalidad retraída. No es que fuese tímido. Sus coetáneos de Juazeiro lo describen como todo menos eso. De haberlo sido, no se hubiera expuesto hasta el punto de declarar ante el grupo, tras un suspiro:

—Me gustaría casarme con una bailarina...

O no les hubiera dedicado canciones a las chicas de la ciudad por el micrófono del amplificador. Todo lo contrario: era gracioso, locuaz y hasta podía ser deliciosamente perverso, como cuando atribuía esas dedicatorias a otros chicos ya comprometidos, obligándoles a dar explicaciones a sus novias, y divirtiéndose al verlos en apuros. Pero bastaba la llegada de un extraño al grupo para que se escondiese detrás de su guitarra. Sin darse cuenta, empezaba a transformar el instrumento en un escudo, para impedir que el mundo se le acercase demasiado. Por fortuna, el mundo raramente iba a Juazeiro.

A su padre no le gustaba nada ese asunto de la guitarra. Tenía el proyecto de que Joãozinho fuese médico, ingeniero, abogado o cualquier otra profesión que requiriera el grado de doctor. Y si no llegaba a ser nada de eso, sería su

heredero en la sociedad que tenía con su hermano. DonJuveniano no había comprendido aún que Joãozinho no había venido al mundo para los negocios ni para los estudios. Joãozinho tenía también la peculiaridad de ser el menos religioso en una familia de santurrones y beatas. Ni Dadainha, la hermana mayor y la única que ejercía cierto ascendente sobre él, conseguía arrastrarlo a la "Sinfonía inacabada". (Años después, Joãozinho se volvería religioso hasta el extremo de santiguarse incluso para entrar en el ascensor. Pero enJuazeiro parecía aún lejos de tales preocupaciones). Las ausencias de Joãozinho de la iglesia ya habían dejado a su padre en una situación muy comprometida ante los demás, pero lo que de verdad le irritaba era el hecho de que Joãozinho no mostrara interés por nada que no fuese la guitarra.

Tratando de meterlo en vereda, dejó de darle el dinero acostumbrado para el cine, las golosinas y demás gastos juveniles. Esto le creó un problema a Joãozinho, que se quedó sin dinero para cigarrillos —había empezado a fumar — y, sobre todo, para cuerdas de guitarra. Cualquier otro hubiese cedido al rigor paterno. Pero él fue socorrido por la inmediata solidaridad de sus amigos, que pasaron a destinar una parte de sus pagas a un pequeño fondo común con el que comprarle las cuerdas. Gracias a ello las noches de Juazeiro siguieron mecidas por sus interpretaciones de "Naná".

Garganta de terciopelo: la máxima admiración por Orlando Silva.

Pero, por si no bastasen las presiones paternas, Juazeiro se le estaba quedando demasiado pequeño a Joãozinho. A los dieciocho años, que acababa de cumplir en junio de 1949, se sentía preparado para volar lejos con su voz. La primera escala sería Salvador, adonde iba de vez en cuando, en tren, con su primo Dewilson. El viaje duraba veinticuatro horas por la Leste Brasileira, haciendo noche en Senhor do Bonfim; y ellos llevaban plátanos para comer por

el camino. En estas visitas a la capital, se limitaba a pasear por la ciudad y a rondar los edificios de las emisoras de radio; sin valor para entrar y decir que era cantante. A fin de cuentas, no sabía por quién preguntar. Pero en Salvador vivían algunos de sus primos importantes, como Jovino, Alípio y Yulo. Cuando se fuera a vivir allí, lo ayudarían en la única cosa que necesitaba: penetrar en una de aquellas emisoras. Su voz haría el resto.

En las últimas reuniones de guitarra bajo el tamarindo, tomada ya la decisión de marcharse de Juazeiro, Joãozinho ponía expresión traviesa, abría los brazos y, anticipando lo que le esperaba en Salvador, anunciaba a los amigos:

—¡Champán, mujeres y música, que voy para allá!

Y fue.

Pero João Gilberto sabía desde el principio que no se quedaría mucho tiempo en Salvador: iba camino de Río de Janeiro.

PRIMERA PARTE
EL GRAN SUEÑO